

EL "CAMBIO ESTRUCTURAL DE LA IGLESIA" DE KARL RAHNER

Reflexiones con ocasión de su muerte

La noticia de la muerte de Karl Rahner ha motivado una oleada de comentarios y artículos, bien merecida dada su categoría científica y la ejemplaridad de su vida. Como es natural tales comentarios se han centrado en su obra teológica. Fue uno de los representantes más activos de la teología alemana, que tanto influyó en el Concilio. Equilibrado cuanto a su orientación, no todos compartieron sus posiciones, y fue atacado desde un lado y desde otro. Es ciertamente merecedor de que se le rinda un homenaje en esta hora de su muerte.

Como es sabido, Rahner descendió, con ocasión de la preparación del Sínodo alemán, al terreno de la problemática concreta, y nos dio sus opiniones acerca de lo que debía ser la Iglesia en sus estructuras. Cuando un hombre, lleno de exigencia intelectual, con un entendimiento poco común, dejando atrás una larga vida de serio trabajo teológico, desciende a la arena, no hay más remedio que escucharle con atención. Ese es el homenaje que queremos rendirle con ocasión de su muerte¹.

Empecemos por recordar aquella hermosa declaración con la que el autor explicaba su pertenencia a la Compañía de Jesús:

«Quiero decirlo sencillamente, aunque suene a piadoso: ¿por qué quiero ser jesuita? No porque la Compañía de Jesús tenga «todavía» hoy un no insignificante influjo en la Iglesia; no porque tenga también hoy muchas universidades y sabios de todo tipo o porque se haga sentir en los medios de comunicación, etc. Ni siquiera porque la Orden se haya puesto en muchos países, más claramente que antes, al lado de los pobres y de los oprimidos. Es porque también hoy, por encima de cualquier trabajo pastoral, eclesial o eclesiopolítico, con o sin éxito, vive, a mi parecer, en muchos de mis compañeros un deseo de servicio callado, no retribuido, de oración, de abandono al misterio de Dios, de aceptación serena de la muerte en la forma que viniere, de entrega a Jesús el Crucificado»².

¿De qué y con qué orientación nos habló en este libro? Nos encontramos en presencia de un delicado tejido para envolver las futuras decisiones del

1. Nos referimos a su obra: *Strukturwandel der Kirche als aufgabe und chance*, edición española, *Cambio estructural de la Iglesia* (Madrid, Ediciones Cristiandad, 1974).

2. Karl Rahner, 'Los jesuitas y el futuro', *Razón y Fe* (noviembre 1973) 289-94.

Sínodo alemán, cuyo entramado es ideológico —la actual situación de la teología—, mientras que su urdimbre es sociológica —una aguda percepción de la realidad del mundo—. Y en ambos casos de manera fácilmente accesible. La teología de Rahner en este libro no tiene aspecto alguno de esa jerga teológica, de esa criptolengua misteriosa en uso a veces en ciertas obras alemanas; su descripción de la realidad está hecha de observaciones agudísimas, pero sin el pesado bagaje de las estadísticas y de las consabidas encuestas.

Pero insistamos, en primer lugar, en la *profundidad teológica*. Rahner quiso poner la base ideológica de un hecho legislativo. Varias veces nos dirá que él intentaba evitar que el Sínodo alemán se redujera a un recetario que suavizara algunos síntomas alarmantes, pero sin llegar a curar de raíz la enfermedad. Acometer los problemas de momento sin preguntarse por qué razones han nacido y cuál va a ser su ulterior evolución es engañarse. Rahner quería que se hiciera algo más. Que nos preguntásemos todos qué es hoy la Iglesia, hacia dónde camina, cuáles son verosímilmente sus perspectivas a la hora de estructurarse internamente, de enfrentarse con las demás religiones y de actuar en el difícil mundo que ahora estamos viviendo: «(Es necesario) que se tenga una primera reflexión sobre los principios más básicos que han de fundar el trabajo en las cuestiones concretas. En caso contrario, se corre el peligro de que el Sínodo, sin una figura propia real, se divida en grupos, cada uno de los cuales se ocupe de su propio asunto, haciendo luego que al final los amorfos resultados de sus trabajos sean confirmados por los demás grupos, que, en último término, están desinteresados por el trabajo y las resoluciones de los otros grupos y no poseen tampoco ningún criterio para juzgar la labor de los demás. Se han de tener ante los ojos unas líneas maestras, una orientación fundamental, unas normas últimas de selección del trabajo... El Concilio no puede ahorrarnos el esfuerzo de inquirir esta concepción básica. Ciertamente que tiene para la Iglesia en general y, por tanto para la Iglesia alemana, un significado permanente, el cual (si es lícito expresarse así) no debe devaluarse ni desde la derecha ni desde la izquierda...; pero mucho de lo que hay en los decretos conciliares son sólo enunciados sobre la fe cristiana, y aun esto bajo unos presupuestos y unos horizontes de comprensión que no pueden pretender seguir siendo los de hoy y los de mañana. Y en todo caso las declaraciones de un Concilio que se dirige a la Iglesia entera son demasiado generales para pensar en atribuirles de un modo directo e inmediato el valor de normas concretas. Tanto no nos alivia este gran Concilio nuestra tarea» (pp. 16-17).

Pero acaso lo más sorprendente de este libro, lleno de densidad, radique en el otro aspecto. Rahner hizo aquí, no por vez primera, pero sí con un coraje y decisión admirables, un esfuerzo por *ver las cosas «en el mundo de hoy»*. Páginas como las 103-105, en las que se nos describe al hombre de hoy, inmerso en un mundo de preocupaciones radicalmente alejadas de una preocupación religiosa, y la angustiosa dificultad que tiene que experimentar quien quiera dirigirse a él desde ese punto de vista, son sencillamente geniales. El lector lo experimenta: pueden agrardarle o desagardarle estas o aquellas afir-

maciones; puede estar conforme o disconforme, convencido o escéptico. Pero hay algo en este libro que le llega en todo momento al alma: la radical preocupación por responder a la situación concreta del hombre de hoy. Se trate del mensaje que ha de darse a quien se encuentra en él individualmente o de problemas colectivos, como el del ecumenismo; se trate de una actuación a nivel mínimo o de decisiones que hayan de tomarse en lo más alto, el autor se muestra en todo momento preocupado no como un teólogo de gabinete por la mayor perfección formal o técnica de ese mensaje, sino por su adaptación efectiva al destinatario del mismo. Ver a un pensador de altura aplicar su entendimiento, auténtico rayo Laser, a las realidades del mundo de hoy es algo que no tiene precio.

El futuro ha comenzado

Para desenvolver esta ingente tarea, que Rahner confesó superior a sus propias fuerzas (pp. 12-14), como lo sería a las de cualquier persona individual, por genial que la imaginemos, recurrió a un género literario nada infrecuente en estos tiempos: la descripción del futuro. Ya en la primera parte, describiendo la realidad circundante, apunta en muchas ocasiones las líneas que él estima dotadas de mayor porvenir. Pero en las dos últimas partes se adentra abiertamente por este camino. Con una distinción, bastante difícil de llevar a la práctica, entre un futuro inmediato y otro mediato —que hace el libro reiterativo en bastantes casos— nos propone los objetivos de una acción inmediata y un cuadro de lo que será la Iglesia del futuro. Séanos lícito completar cuanto él dice con unas breves observaciones.

Los economistas, con perspectivas de unos cuantos meses simplemente y millones de datos a su disposición, no se atreven a conjeturar el futuro con un mínimo de certidumbre. Nadie, por ejemplo, habría predicho seis meses antes de que se produjera la crisis energética que padeció Europa. Son tantos los miles de variantes, que todo intento de someter a fórmulas matemáticas el comportamiento económico del hombre resulta vano. Estos son los pies de barro de la tecnocracia y la evidente supremacía de la política, formulación de objetivos por un entendimiento claro que tenga a su servicio una voluntad decidida. Ahora bien, si esto se puede decir de la pura economía, ¿qué habrá que decir de un organismo vivo, dotado de energías absolutamente inasequibles a todo análisis matemático y a toda comprobación sociológica, animado por un Espíritu que «sopla cuando quiere... y nunca sabemos de dónde viene y adónde va»? Leyendo las páginas de Rahner en este libro, atractivas a más no poder, el lector no puede menos de recordar otras similares: las homilías de un genio de la historia y de la teología que se llamó San Agustín y que, al declinar su vida, cercada Hipona por los bárbaros, se dirige a su pueblo con la firme convicción de que aquello se acaba, de que la Iglesia que había sabido asimilar la refinada cultura grecolatina apenas lograría sobrevivir malmente a la acometida de aquellas gentes que parecían refractarias a todo intento cul-

tural de altura. Y sin embargo, aquellos bárbaros, convertidos al cristianismo, fueron el origen de la Iglesia de las cruzadas y de las catedrales, los que pusieron en marcha el gran fenómeno cultural de las universidades y los que ensancharon el reducido ambiente de la cuenca mediterránea para completar y enriquecer, de manera definitiva, el ámbito intelectual, geográfico y económico de Europa. ¡La genial intuición de un San Agustín, el autor de *La Ciudad de Dios*, no había alcanzado a superar la impresión de momento y nos dio una visión pesimista que luego fue desmentida por los hechos!

Podríamos evocar también los españoles algunas frases y aun capítulos enteros de nuestros grandes clásicos. Si San Juan de la Cruz hablara de «estos recios tiempos» y santa Teresa de Jesús se mostrara empavorecida por la ruina a que han llevado a la Iglesia los luteranos, y no habrá autor ascético que no pondere la extrema angustia que se está viviendo a comienzos del siglo XVI, el lector del siglo XX sonreirá pensando que de aquellas declamaciones sólo queda el recuerdo de una realidad que las desmintió por completo. La Iglesia experimentó una expansión, sin igual en su historia, por tierras americanas y asiáticas y sacó fuerzas de la flaqueza a que le habían reducido las escisiones del norte de Europa para provocar un fenómeno de espiritualidad y de ímpetu misionero de las dimensiones del de la Contrarreforma.

Formados desde nuestros años infantiles por una congregación religiosa, los marianistas, fundada en Francia, como tantas otras, en los borrascosos tiempos de la Revolución francesa, nos ha tocado familiarizarnos con los textos de aquella pléyade de fundadores. Hombres todos ellos de sólida fe, muy en contacto con la realidad, despiertos y animosos para enfrentarse con ella, pero radicalmente pesimistas. La Revolución, al destruir el Antiguo Régimen, la alianza entre el trono y el altar, había creado un abismo que creían que nunca llegaría a llenarse ya. Y, sin embargo, las órdenes religiosas, que ellos creyeron que jamás resucitarían con su antigua pujanza, lo hicieron, y con pujanza mayor aún; la presencia cultural de la Iglesia fue una indiscutible realidad; la expansión misionera se prosiguió, etc. Cuando, años después, la pérdida del poder temporal del papado vuelva a incitar a una visión pesimista por parte de los grandes escritores católicos del siglo XIX, la realidad volverá de nuevo, una vez más, a desmentir aquellas páginas y se verá como el papado, desprovisto de la soberanía temporal, adquirirá un prestigio inmensamente mayor que el que había llegado a tener en los últimos tiempos de esa soberanía.

No es fácil, ciertamente, el papel de profeta. Nunca, ni aun tratándose de fenómenos políticos o sociológicos sencillos. Pero mucho más cuando se trata de una realidad misteriosa, radicalmente trascendente al mundo en que se encuentra, en la que las actuaciones son forzosamente ilógicas, humanamente absurdas, porque están sometidas a criterios que repugnan por completo a nuestra razón, como revestidos de una lógica muy superior: «Felices los pobres, los perseguidos, los hambrientos...». Los ejemplos que hemos puesto y otros muchísimos vendrían a demostrarlo.

Pero el futuro puede ser delineado como algo que se desea o, por lo me-

nos, se admite sin dificultad o como algo a que uno se resigna. Desde estos dos puntos de vista, el libro del padre Rahner encierra cierta sorpresa para un lector español. En muchas ocasiones la prospección del futuro, que a nosotros nos parecería nada grato, está hecha no con resignación y tristeza, sino más bien con fruición. O en todo caso con la admisión de ese futuro, tan triste, como algo absolutamente irremediable. Permítasenos que lo subrayemos.

No sabremos nosotros decir si llegará tarde o temprano el día en que el número de bautizados que frecuenten la eucaristía y oigan la explicación del evangelio quedará reducido a un pequeñísimo grupo; eso sí, «purísimo», intransigente, incontaminado. O si la Iglesia habrá visto desmanteladas todas sus estructuras, habrá tenido que abandonar toda forma de influencia social y los católicos supondrán una fórmula residual, concentrada, en unas cuantas «comunidades de base». Lo que a la mayor parte de los españoles nos parece es que tal situación sería sumamente triste. Creemos que era preferible que con sus imperfecciones, con sus limitaciones ciertamente grandes, con todo lo que lleva consigo inevitablemente una multitud, era deseable que los hombres recibieran todos los domingos la voz del evangelio, se alimentaran del cuerpo y de la sangre de Cristo, oyeran la voz de la jerarquía y que ésta tuviera cierto peso a la hora en que la sociedad adoptara actitudes contrarias a la moral o el bien social. Sorprende al lector español la frialdad aséptica, casi estamos por decir la simpatía, con que esa nueva situación está descrita a veces —no siempre— en este libro. Casi se diría, en ocasiones, que el lector llega a tener la impresión de que hay que trabajar para eso. Pero no.

Y es que no, porque otra de las curiosas impresiones que se tiene es la de que todo eso, y mucho más, es absolutamente inevitable. El dicho español de que «hay que hacer de la necesidad virtud» parece aletear sobre algunas páginas. Un determinismo materialista, al que nos tienen acostumbrados las fuentes marxistas, instrumento táctico de primera categoría, por el que nadie combate eficazmente en una batalla que juzga perdida de entrada, pesa sobre no pocas páginas de esa descripción del futuro. Nada apenas de «esperar contra toda esperanza», nada casi de pensar que «importa poco ante el Señor que la victoria esté en pocos o en muchos». La batalla está perdida ya desde ahora y lo que importa realmente es hacer de la derrota un ideal, de tal manera que cuando llegue podamos estar contentos de que efectivamente se haya logrado. Lo que sí en otras mentalidades puede parecer aceptable y fácil, en la mentalidad española, hecha a luchar en condiciones de inferioridad y acabar venciendo, en ocasiones de manera inverosímil, no deja de resultar chocante.

Y estamos rozando ya el difícil problema que plantea el libro de si la descripción que se hace del futuro es *predicción* de lo que ocurrirá a *programa* de lo que se quiere que ocurra. No es éste el único caso. Otros muchos ejemplos se podrían poner de esta «Iglesia-ficción» en la que, bajo las apariencias más o menos noveladas de lo que un día podría ocurrir, se introduce el deseo de lo que se quiere que ocurra. «El que hambre tiene, con pan sueña», dice nuestra paremiología popular. Y leyendo, por ejemplo, las páginas de

«El papa desaparecido», de Gerard Bessière, por poner un ejemplo de libro muy difundido a este respecto, se ve la carga protestante de desafecto al papa y de oposición a la Iglesia institucional que pueden encerrarse en la narración humorística, aparentemente intrascendente, de la desaparición de un papa en el futuro.

Decimos esto, no porque sea el caso del libro que estamos comentando, donde no hay humorismo, sino, al contrario, una consideración profunda, seria, trágica en ocasiones, de la realidad que nos circunda. Lo mencionamos sólo para señalar lo confuso de los confines que separan la descripción del futuro, la futurología, del programa de nuestros postulados y propósitos, el «manifiesto» de que el mismo padre Rahner habla en alguna ocasión.

Nuestro comentario

Pero resulta que, describiendo el libro, hemos entrado en materia sin clarificar antes nuestro propósito. Y parece justo decirlo ya. Este comentario no es, evidentemente, una reseña que sería enormemente tardía, ni un análisis llevado con altura y profundidad de las ideas expuestas por el padre Rahner.

Se trata tan sólo de hacer una «lectura española» del libro. ¿Qué es eso? Significa que lo enjuicamos desde aquí, desde el contexto sociológico e histórico propio de España. Rodeados de una sociedad con las características de la española y en cierta medida también de la hispanoamericana con la que tantos contactos y tal efecto nos unen. Significa que esa lectura «aquí» se hace con el talante «de aquí», que propende siempre más a las realidades concretas que a lucubraciones ideológicas. Si los místicos centroeuropeos tuvieron una versión luminosa, fácil, llena de contenidos concretos, en nuestros místicos del Siglo de Oro, parece que puede ser viable una operación similar y ver qué sonido dan las ideas que expuso magistralmente el padre Rahner puestas en contacto con el realismo español.

Dicho de otra manera: todo el mundo suele estar conforme en las grandes ideas. La dificultad se presenta a la hora de realización. Como comentábamos riendo en una comisión que estaba tratando de reorganizar una Universidad Pontificia, el acuerdo era pleno a la hora de querer «una Universidad debidamente tradicional y con una sana apertura a lo nuevo; profundamente religiosa, pero sin enfermizos misticismos; trabajando seriamente en lo científico, pero con el necesario contacto con el mundo». Las discusiones empezaban cuando se trataba de articular un plan de estudios, seleccionar una lista de posibles profesores o marcar una proporción entre las horas de explicación teórica y los ejercicios prácticos. Así, de acuerdo por completo con el padre Rahner en los grandes principios que expone, nuestra pregunta muchas veces se cifrará en la manera de llevarlos a la práctica. Cuando, por ejemplo, escribía (p. 124) que era necesario llegar a una Iglesia «que esté abierta y, sin embargo, no pueda convertirse en una feria pública en que todo es pregonado y puesto a la venta», el español asiente convencido, pero se pregunta inmediatamente cómo podrá llegar a realizarse esto.

Una lectura supone cierto sometimiento al texto leído. Si el autor ha confesado que la selección de temas, dada la amplitud del propósito, tiene que resultar arbitraria (p. 11), arbitraria será también nuestra lectura. Lo cual no significa que no sea por eso significativa. En cualquier obra hablan los textos... y hablan las omisiones. Quien se limita a explicar, ante la historia del Concilio Vaticano II, el ceremonial que se utilizó o las características del aula conciliar, ya nos está describiendo su actitud intelectual, pese a que para nada diga de las ideas.

Al padre Rahner, como a nosotros, le habría gustado mucho hablar de otras cosas. Pero su sentido de la medida se lo impidió. Creemos que las que dijo eran suficientes par mostrar un programa y abrir unas perspectivas. E importa señalar que los silencios no se debieron a cobardía. Al contrario, el padre Rahner fue valiente. Escribir lo que él escribió en el capítulo destinado a la «espiritualidad auténtica» requiere hoy mucho valor, y más cuando se está pensando no en un público tradicional, sino en el habitual para las obras del padre Rahner. Pocos en su caso se habrían atrevido a decir que «somos, hasta un extremo tremendo, una Iglesia sin vida» o preguntar dónde se habla, con lenguas de fuego, de Dios y de su amor; dónde son mencionados los «mandamientos de Dios» como la gloriosa liberación del hombre; dónde se experimenta hoy en la Iglesia la oración como un don pentecostal del espíritu, como gracia sublime; dónde hay una nostalgia de cara a la experiencia viva de Dios; en qué seminario se leen aún los clásicos antiguos de la vida espiritual con el convencimiento de que tienen hoy algo que decirnos, etc. (pp. 105-106). Esta gallardía conquista y subyuga al lector español, que gusta de esa independencia recordando lo que uno de nuestros clásicos escribió: «Sólo hay una forma de ser perenne y es saber ir contra la moda».

No gustará, en cambio, tanto el que, cediendo en ocasiones a la literatura de «manifiesto», se brinden al lector como compatibles tesis que muy difícilmente lo son. Como en vísperas de elecciones y para ganar votos, un candidato ofrece al mismo tiempo rebajar los impuestos y subir los sueldos, fomentar las autopistas y arreglar a fondo los ferrocarriles, así también hay páginas —tendremos ocasión de señalarlo— en que el lector tiene la impresión, menos grata para un español, de que se está escribiendo «mirando al tendido» o «para la galería» brindando en frases apretadas conceptos que a todos agradan. Pero sobre esto habrá ocasión, como decimos, de volver más adelante.

Donde nos encontramos

Buen punto de partida. Los franceses han tomado de la navegación la expresión *faire le point*, fijar la situación, para saber así qué decisiones tomar antes de acometer nuevas singladuras. Y si el propósito es bueno, la realización es mejor. Par nuestro gusto, la descripción que Rahner hizo (pp. 27-30) del mundo de hoy constituye una de las mejores páginas de su libro, aunque sea hecha «desde el propio saber y con las propias fuerzas». Los que recorda-

mos de nuestros tiempos de seminario, y aun mucho después, aquellos manuales de teología en que no existía una sola referencia vital, donde nuestros adversarios eran los pelagianos, los adopcionistas o los sabelianos, no podemos menos de sentir un estremecimiento al ver un teólogo de primera categoría que pone como punto de arranque de sus lucubraciones una descripción clarísima de la situación del mundo de hoy. Descripción transida de sentido teológico, por otra parte, porque «creemos en la perdurabilidad de la Iglesia en el mundo y en la historia, y esperamos esa perdurabilidad también para la historia de nuestro pueblo, y además hemos de aspirar al mayor número posible de miembros de la Iglesia y, por tanto, no nos es lícito poner nuestra esperanza cómodamente en un pequeño puñado de gente llamada Iglesia, de espaldas a la historia de la sociedad. Por todo ello, la aceptación clara, tajante y animosa de esta situación constituye un problema fundamental».

Es curioso que España e Hispanoamérica vivan, a nuestro juicio, con más intensidad aún que Alemania misma la situación que Rahner nos describía. Lo que en Alemania fue una gran velocidad, en nuestro ambiente supuso entrar en el vértigo, no sin mareos, sin accidentes y sin serias dificultades.

Hacer de este conocimiento actual instrumento de prospección para el futuro nos parece un radical acierto. Todos hemos vivido la lastimosa situación de parroquias y diócesis en las que, pudiéndose conocer con certeza matemática lo que iba a ocurrir, no se hacía absolutamente nada práctico por prepararlo. Léase, por ejemplo, el canon 1427*, que el Código de Derecho canónico, hoy ya derogado, dedicaba a los criterios para la creación de nuevas parroquias. Independientemente de su situación (el capítulo dedicado a los beneficios) y de su redacción formal (una de las más deficientes de todo el Código, que tantos aciertos tenía en cuanto a estilo legislativo), estaba el tremendo supuesto de que sólo cuando los problemas hubiesen surgido y no pudieran remediarse por ningún otro camino se podría pensar en dividir una parroquia y crear otra nueva. Este criterio no era único. ¿Con cuántos años de retraso llegó la Iglesia al cine? ¿Qué ocurrió cuando la cultura empezó a secularizarse? ¿Con qué retraso se sensibilizó respecto a los problemas de la sociedad industrial?

Lo malo es que es más fácil hacer el diagnóstico que encontrar la terapéutica. Cuando Rahner, en la página 35, nos pone unos ejemplos de lo transitorio de nuestra situación, el lector asiente internamente en líneas generales, pero retrocede cuando se trata de aplicaciones concretas. Ante una evolución ecelerada, ¿ha de añadir la autoridad nuevos impulsos? o ¿no corresponderá a quien está en un puesto de responsabilidad frenarla en lo posible? A muchos no parecerán tan claras ni las preguntas ni las respuestas que Rahner planteó.

Una situación de crisis

Compartimos los españoles con Rahner la firme convicción de que también entre nosotros, como en Alemania, «la Iglesia descenderá todavía nota-

blemente en número en los próximos decenios, por lo menos con referencia a la población total y también en poder social». Como él, creemos que «la fe cristiana institucionalizada en la Iglesia disminuirá todavía notablemente» y que «por muy desagradable que nos parezca, las condiciones sociales se pueden transformar a la corta o a la larga (sean cuales sean las causas de ello), de modo que ya no forme parte de la normalidad y el decoro burgués ser cristianos de bautismo, pagar el impuesto eclesiástico, mandar a los hijos a las clases confesionales de religión y adornar religiosamente la boda y el entierro, de modo que pronto ya no significará una marginación o un perjuicio social el salir formalmente de la Iglesia». Si en Alemania lo están viviendo, en nuestro ambiente no se vive menos.

Pero la gran pregunta es saber cuál ha de ser nuestra posición ante esa situación y su evolución previsible. Resulta fácil tachar la actitud opuesta de «lamentación santurróna y farisaica». No menos fácil todavía acomodarse y decir que esto sea lo ideal, porque así se obtiene una garantía de fe vivida con espontaneidad y de Iglesia absolutamente purificada. Pero a españoles e hispanoamericanos, acostumbrados a un clima, una geografía, unos sistemas de gobierno, una manera de ver la vida poco proclive a la resignación, nos parece que podría y debería subrayarse con más fuerza que existe una tercera posición: la de los que creemos que aunque casi todos renuncien a ese ideal, éste debe continuar siéndolo, aunque enarbolado sólo por unos poquitos. Lo que es idéntico a decir que hay que mantener encendida la llama y hay que buscar fórmulas eficaces para procurar que prenda en el mundo. Y nos alegra pensar que ésta es la posición de la misma Iglesia oficial y jerárquica, la que el Concilio adoptó, la que se va poniendo de manifiesto en las publicaciones oficiales que de aquél dimanaron. Los directorios, el catequístico, el de los obispos, el de los medios de comunicación social..., son, desde la primera línea hasta la última, una abierta invitación a continuar en la línea de una labor pastoral intensa, entusiasta, adaptada al medio ambiente, empapada de convicciones firmes. Creemos que en la obra de Rahner se nos dice mucho mejor cómo están las cosas que cómo se ha de lograr prácticamente que esas cosas evolucionen en el sentido que nosotros deseamos. Claro que queda siempre la pregunta dolorosa y tajante: ¿es que efectivamente existirá remedio? A la que se responde por labios hispanos con una nueva pregunta: ¿es que ese remedio podrá encontrarse si se da por supuesto que no existe?

Por eso agradecemos al autor la evocación que hace del sistema de propagación del cristianismo que imperó en los primeros tiempos. Como él, compartimos la convicción de que en el mundo de hoy «el coraje de la fe, la predicación viva y el ejemplo de una vida auténticamente cristiana pueden crear cristianos...» y que «quien niegue esto expresamente o a través de su praxis, lo que afirma es que la propagación del cristianismo en los últimos siglos no fue otra cosa que un fenómeno profano de tipo histórico o sociológico».

Dicho de otra manera: los lectores hispanos compartimos la tesis de Rahner. Y nos parece tan hermosa que habríamos querido verla subrayada con mayor fuerza. Merecería la pena.

Como compartimos su diagnóstico del «desfase temporal», que si en Alemania es grande, mayor aún es en nuestras latitudes. Los que hemos vivido y padecido en nuestra propia carne los extremos de la represión intelectual a que se llegó en España hasta las vísperas mismas del Concilio no podemos menos de agradecer a Rahner las lúcidas páginas que ha dedicado a este diagnóstico. *Terrent vestigial*, causan terror los vestigios que quedaron.

Y es que si el autor ha podido hablar de polarización y agrupamiento, nosotros podríamos decir algo todavía más expresivo. Emplearíamos la palabra «radicalización». Las empresas normales de apostolado, la doctrina expuesta *sine ira et studio*, la vida religiosa explicada con calor, pero sin sectarismo, apenas cuenta. Como en Alemania, mucho más entre nosotros, la Iglesia se concibe como un foro polémico en el que no se admiten neutrales, ni siquiera como jueces, en que se aspira a un permanente «cuerpo a cuerpo», en que los textos jerárquicos sirven sólo como arsenales que pueden proporcionar nuevas armas. Entrar en una librería religiosa no es ya, como antes, encontrar abundancia de tratados serenos junto a algún que otro panfleto dialéctico. Es ver alineados los textos de una y otra tendencia, en contraposición permanente. El desgaste que esto supone, la pérdida de energías que lleva consigo, el desamparo en que queda el pueblo cristiano, el daño que se hace a la fe, el vacío que se produce en la formación religiosa es algo que no necesita ponderarse. Por eso el lector español aplaude de veras esas páginas 48-54 que Rahner dedicó al tema.

No compartiríamos, sin embargo, sin matizar lo que él dice a propósito del papel de la autoridad. Al menos entre nosotros, conceptuamos que sólo la rutina puede llevar a atribuir a la autoridad en la Iglesia, cuando él escribía y ahora que la comentamos, un papel retardatario. De la Conferencia Episcopal española y de no pocas americanas, del programa que se trazó en Medellín y Puebla y de las pastorales colectivas de bastantes episcopados hispánicos creemos que no se puede decir sin injusticia que sean retardatarios. Es más: en no pocas ocasiones llega uno a tener la impresión de que los sectores tradicionales son tratados, por una reacción explicable, pero que no por eso puede tener menos visos de injusta, con cierta severidad. No creemos que las publicaciones extremistas de nuestra derecha gocen de una simpatía en bloque por parte del episcopado ni que una posición tradicional rígida sea hoy una garantía de promoción a puestos de gran responsabilidad. Todo esto se podría demostrar fácilmente con una leve estadística de intervenciones jerárquicas. Creemos que se ha utilizado más la suspensión y hasta la excomunión para castigar a tradicionalistas que a avanzados. Aunque en esta opinión nuestra no deje de pesar el hecho de que las sanciones eclesiásticas se aplican a quien puede saludablemente recibirlas, o al menos se conjetura eso de él, y que en ocasiones no se han usado frente a elementos muy radicalizados de izquierda, simplemente porque... no iban a servir para gran cosa.

No obstante, insistimos, la verdad es que ni del papa ni de la mayor parte de los obispos actuales puede decirse que sean sistemáticamente retardatarios. Estimamos que van por delante del conjunto del pueblo cristiano. Y lo fueron

ya en el Concilio, muchas de cuyas decisiones eran recibidas con asombro por la gran masa de los católicos. Pensemos simplemente en la declaración sobre libertad religiosa o en el decreto sobre el ecumenismo. ¿Los creía posibles, no digo ya deseables, la gran masa católica? Y si esto es así, ¿puede perpetuarse la estampa tradicional de la autoridad como freno sistemático? Tal vez más de un lector hispánico pondría algunos matices a la descripción que hace Rahner (pp. 53-54).

¿Qué hemos de hacer?

Describir la realidad es un primer paso, como es el diagnóstico para la curación de la enfermedad. Pero yo la hemos dicho anteriormente, sería quedarnos a mitad de camino si no encontramos la terapéutica adecuada. Una terapéutica que, como ocurre en la medicina humana, no puede ser nunca algo logrado: está hecha de aciertos y de fracasos, de intuiciones geniales y de largas horas de laboratorio, de sorpresas ante una reacción inesperada y de cosas archisabidas, heredadas de una tradición de siglos. Es algo vivo, cambiante, polifacético. Unas veces se aplican nuevas medicinas con éxito y se tiene luego la sorpresa de que, sin cambiar ellas, los microorganismos que atacaban se han hecho resistentes y las han convertido en ineficaces. Otras veces sucede al contrario: lo que se aplicó sin esperanza alguna, resulta maravilloso porque el organismo humano —esa perpetua incógnita— ha reaccionado como no pensábamos.

Esto ocurre también en nuestra vida religiosa. Una Iglesia idéntica a sí misma puede ser oída en una época y rechazada por sistema en otra. Unos textos que aquí conmueven y emocionan, en otras latitudes producen perplejidad, cuando no distanciamiento. Con justa razón nos previene Rahner contra una exigencia excesiva, como si los principios fundamentales del dogma cristiano y de la moral tuvieran forzosamente que cercenar nuestra libertad creativa, como si los ensayos fuesen siempre ilegítimos, como si todo lo que nos propusiéramos en el terreno de la vida religiosa tuviese que ser una aplicación «en forma concluyente», de manera que las decisiones de la Iglesia estuvieran «ante el dilema tácito de ser rigurosamente racionales o carecer en absoluto de fuerza vinculante» (pp. 59-60). Una de las grandes aportaciones del Concilio a la vida de la Iglesia ha sido la de permitirle mayor libertad de movimientos, dejar que funcionen como autónomas las Conferencias Episcopales, descentralizar gran parte de la vida administrativa, autorizar ensayos en los institutos religiosos, dar opciones abundantes en la vida litúrgica, etc. Muchas de esas cosas no han resultado. Otras sí. En todo caso, la autoridad no se había empeñado a fondo y se limitaba a permitir que se hicieran esos ensayos. La vida podía desplegarse a sus anchas. Y esto importaba muchísimo. Señalar los fracasos es irrelevante cuando ya se contaba con que forzosamente tenían que producirse. Como suelen decir los investigadores científicos, los grandes inventos no son fruto de un hallazgo positivo, de un acierto, sino

de millares de errores. El científico que descubre un antibiótico contra un microbio ha experimentado antes miles de combinaciones o productos que no resultaban eficaces. Su éxito es la culminación de miles de pequeños fracasos. Esto tan elemental lo teníamos olvidado en la Iglesia y queríamos que la primera decisión fuese acertada siempre, y como acertada, irreformable, y como irreformable, no susceptible de discusión y crítica... La nueva actitud es una gran conquista.

Y es que ocurre además que en muchas ocasiones la reflexión, aun a base de datos cuidadosamente seleccionados y realizada por inteligencias excepcionales, no logra sacarnos de la perplejidad. Pongamos un ejemplo: Rahner dice, y con muy justa razón, que hay que adoptar un sistema de prioridades. Puesto que no se puede llegar a todo y a todos, habrá que ir allí donde es verdaderamente más importante actuar (9.61). Ninguno de nosotros dudaría entre la importancia de incorporar a un cristianismo vivo un comunista parisiense o un negro del corazón de Africa. Nos damos cuenta de que el peso cultural, político, ideológico de un hombre que regresa del marxismo y se encuentra en una de las capitales intelectualmente más vivas del mundo, no es comparable con lo que puede suponer un hombre sin horizonte cultural alguno, analfabeto, marginado en la sociedad actual. Pero... las preguntas se suceden en cadena apenas establecido este principio. ¿Es éste un criterio evangélico? O ¿es más bien un criterio mundano? Porque parece que San Pablo dijo algo de que *infirmis mundi elegit Deus*; parece ser que nuestro Señor, que sí podía elegir, se rodeó de pescadores semianalfabetos y no de refinados escritores romanos o filósofos griegos; parece ser que a la Iglesia misma se le pide hoy por los elementos más sensibles que atienda no con criterios humanos, sino con criterios sobrenaturales.

La pregunta se hace aún más angustiosa si ponemos en juego la voluntad o, por lo menos, los resultados últimos. Porque ¿y si ese hombre supercivilizado, encuadrado en una situación poscristiana, no quiere en manera alguna convertirse? No hacemos esta pregunta de una manera apriorística, sino a base de contactos directos con la realidad. Recordamos habernos preguntado visitando Marruecos: ¿qué sentido tiene que unos religiosos, los franciscanos, permanezcan en medio de un pueblo impermeable al cristianismo como mudo testimonio del evangelio? Porque, mientras tanto, unos cientos de kilómetros más al sur, poblaciones inmensas del Africa negra se mostraban dispuestas a recibir el evangelio y a ingresar dentro de la Iglesia. La pregunta se la han planteado también los misioneros que trabajan en el Japón o en países poscristianos, como los del norte de Europa. Es muy fácil establecer un criterio. Mucho más difícil descender a unas aplicaciones prácticas. Por eso todos, la jerarquía, quienes escribimos y quienes leen, todos absolutamente, hemos de tener una actitud amplia, de comprensión, para quienes intentan nuevas fórmulas y tratan de abrir nuevos caminos.

Y dicho esto, por lo que se refiere a la pregunta que Rahner plantea al final de la página 62, volveríamos a repetir algo muy parecido a propósito del doloroso problema del celibato eclesiástico evocado en la página 64. Tal como

él lo hace, nada más sencillo que dar una respuesta: suprimase ese obstáculo, de tal manera que, a medida que vaya disminuyendo el número de sacerdotes celibatarios, vaya aumentando el de los que no lo son y los huecos se vayan llenando. Pero cuando se piensa un poco más a fondo o, si se quiere, con ese sentido de la realidad al que somos tan aficionados, acaso hasta el exceso, los hispanos, la cuestión se complica. Por de pronto todos envidiaríamos al padre Rahner por esa seguridad de que el problema radica en el celibato. Uno recuerda haber hablado más de una vez con ministros anglicanos (por poner el ejemplo más cercano a nuestro catolicismo romano) y nos confesaban que la presencia o ausencia del celibato no suponía prácticamente nada en el problema, y que sus seminarios se estaban quedando, pese a la ausencia del celibato, prácticamente tan vacíos como los nuestros. No parece tampoco que los orientales unidos, sin celibato, hayan quedado inmunes a la crisis de las vocaciones. Pero, en fin, esto sería un planteamiento superficial, sociológico y estadístico por el que confesamos no tener mucha predilección.

Nuestra pregunta iría más al fondo: desde los primeros siglos del cristianismo hasta hoy la Iglesia ha mantenido entre tempestades y contradicciones una ley que repugna profundamente a la naturaleza humana, en la que el instinto sexual es fortísimo. La crisis que se está produciendo, por obra de un ambiente tan erotizado como el que padecemos, no es menor en sus dimensiones de la que se conoció en el terreno de los hechos durante parte de la Edad Media o en el de las ideas bajo el influjo arrollador del humanismo paganizante. Sin embargo, la Iglesia mantuvo siempre enhiesta esa bandera, firmemente convencida de que la virginidad y la castidad perfecta eran un valor que Jesucristo había venido a traer del cielo a la tierra. Y la pregunta se hace entonces insistente, particularmente dura: ¿dónde está el criterio: en el Evangelio, en las cartas de San Pablo, en la ininterrumpida tradición, o en las novedades de última hora? La pregunta es angustiosa y todos absolutamente la sentimos: ¿qué ha de hacerse: ceder o poner a Dios en trance de «definirse», enviando a su Iglesia las vocaciones que hoy faltan? Cuando en la página 135 vemos al padre Rahner volver más de intento sobre el tema, han vuelto también a brotar en nuestro ánimo estas mismas preguntas, y con idéntica intensidad.

Reconocemos la complejidad del problema, y es lo único que queremos señalar. Nos parece que dista mucho el que se pueda dar una solución simplista y pensar que, cediendo ese bastión, el sitio habrá terminado y se habrá logrado la solución del problema.

Nuestra Iglesia

En el contexto alemán en que Rahner escribe resulta de una gallardía simpática a los ojos españoles el capítulo que dedica a la «Iglesia católica romana». Empezar diciendo que «somos y seguiremos siendo en el futuro la Iglesia católica romana» y que «en sí esto es evidente», y que «ha de decirse bien claro hoy, en vista de una alergia teórica y práctica contra Roma, ampliamente

te extendida», es ganarse de entrada al lector español. Y más si tales afirmaciones van matizadas por el repudio a una posición extremista, a una «devoción al papa» al estilo de la que practicaron nuestros abuelos en los años finales del siglo XIX y en los primeros del XX. Aceptar el papado, subrayar con fuerza su necesidad, mostrar con claridad la evolución que está experimentando, señalar que la crítica es posible y saludable nos parece un buen servicio y un gran complemento a las afirmaciones iniciales, porque sólo lo matizado y puesto en razón puede suscitar la adhesión cordial de quien quiere ser razonable. La posición crítica frente a una forma del papado no debería impedirnos «enfrentarnos a él con la misma comprensión lúcidamente realista con que se ha de aceptar con amor y libertad de espíritu cada forma concreta de cristianismo en todas sus dimensiones y esferas, aunque no se le identifique con su esencia, sino que se reconozca su mutabilidad histórica». Ni alergia irritada, ni sumisión ciega.

Bien querríamos que todos meditaran esa frase de Rahner de que «la Iglesia no debe ser un corrillo de discusión; tiene que poder haber decisiones, a las que luego se hayan de atener todos en la Iglesia. No puede ser que esta exigencia vaya ya de antemano contra la dignidad humana, si es que el hombre es un ser social, como no se cansa uno de repetir hoy». Y alegra esto no por una mera inmersión en la tradición española de permanente amor al papado, atendible al fin y al cabo, sino principalmente por la certidumbre realista de que en un mundo que se planetiza por momentos es más necesaria que nunca una autoridad planetaria. Cuando, pasados no muchos años., recibamos todos una información casi uniforme que nos vendrá «desde el cielo», a través de los satélites, sin barreras posibles, sin regionalizaciones aceptables, ¿qué podrán hacer en este terreno (no en otros muchos) los obispos en sus diócesis?

Cualquier Estado del mundo tiene hoy más de la mitad de sus posibilidades limitadas por acuerdos internacionales, que le señalan cómo han de ser las señales de las carreteras, le impiden modificar libremente la paridad de sus monedas, le obligan a adoptar unos determinados formatos para las cartas, le fuerzan a utilizar unos códigos en las transmisiones de situación o de noticias, le ponen en necesidad de dar una intensidad y una frecuencia determinada a las ondas de sus emisoras o a los destellos de los faros de sus costas..., y en este mundo así trabado, en el que cada vez se dibuja con más fuerza como posible una decisiva autoridad internacional, ¿va a renunciar la Iglesia, que ya la tiene, a seguir poseyéndola? Sería absurdo. Y nos alegra ver la lucidez y la fuerza con que Rahner ha sabido poner de manifiesto esta realidad.

Lo que no supone en manera alguna que haya que exagerar la nota. No se puede partir del supuesto de que tengamos que excluir de antemano decisiones erróneas y abusos: «Debería quedar claro que cristiana y católicamente no puede uno comportarse con libertad de espíritu frente a ese ministerio si no incluye también en esa actitud una esperanza en el Espíritu que está en la Iglesia, esperanza que no se puede ya apuntalar con lo jurídico y lo institucional» (p. 70).

El cambio estructural

Así se titula el libro en conjunto, y por eso creemos que se sintetiza y alcanza su mayor concreción cuando se describe la «Iglesia desclericalizada», expresión que «se presta a un malentendido y ha de ser explicada», según anota el mismo autor. Participamos de su pensamiento y creemos que este capítulo se presta al equívoco: que si en uno de sus sentidos es extraordinariamente sugestivo, en otro es ciertamente muy peligroso.

Que la Iglesia necesite un estamento oficial con carácter funcional parece claro. Que no haya oposición entre este hecho y el carácter de signo que esa Iglesia tiene, como poseída por el «Espíritu libre, de la fe, de la esperanza y del amor», que no se identifica con el estamento oficial, nos parece también evidente. Que la comparación, tan ingeniosa como expresiva, del Club de Ajedrez pueda dar luz para entender todo esto, lo admitimos también. Pero siempre queda la duda de si no se estarán produciendo equívocos.

En efecto, admitimos que los miembros de la Junta directiva pueden no ser, y no serán con frecuencia, los mejores jugadores. Esto no supone el que no sean ellos los llamados a dirigir, por sus condiciones de prudencia y dotes de gobierno, sabiendo componer diferencias y aunar voluntades; que no sean los más entusiastas del club, en cuya fundación participaron, a cuya vida han contribuido frecuentemente con su bolsillo personal, de cuya historia son testigos y usufructuarios a través de una extraordinaria experiencia. Aunque ante las jugadas concretas no reaccionen bien ni ganen siempre, saben, sin embargo, distinguir a los buenos y los malos jugadores, conocen la técnica de la organización de concursos, han establecido contacto, incluso de íntima amistad, con directivos de círculos semejantes y resultan difícilmente sustituibles. No así el jugador genial, pero vanidoso, con ideas muy personales, obsesivamente preocupado por quedar bien él mismo, e incluso despegado del club, con el que le une tan sólo un lazo que en ocasiones es puramente contractual y en otras todo lo circunstancial que puede ser mientras subsista en él la idea de abandonarlo en cuanto le convenga para irse a otro club que ofrezca mayores perspectivas.

Contraponer en estas circunstancias junta directiva y jugadores destacados, provocar en éstos una conciencia de su valer frente a la inutilidad que en el juego concreto tienen los directivos, es llevar las cosas a un terreno peligroso. Todo el mundo ve que se podría poner en peligro la existencia misma del club, que, gobernado por los mejores jugadores, iría forzosamente a la deriva.

Esa comparación, que no es nuestra, sino del padre Rahner, puede abrirnos los ojos acerca de lo que en la página 73 hemos leído: «Los responsables oficiales (en la Iglesia) tendrán en el futuro tanta autoridad efectiva, ejercida no sólo en teoría, cuanta le sea concedida por la libertad de los creyentes a través de su fe... El ejercicio de una autoridad en la Iglesia... se ha de legi-

timar ante el individuo para poder ser efectivo». La autoridad en la Iglesia, a nuestro juicio, se recibe de Dios por unos cauces bien determinados y no necesita de otra legitimación. Puede parecer duro, y lo es ciertamente en muchas ocasiones; pero otra cosa sería un engaño. Búsquese la adhesión cordial del fiel, trátese de que éste se encuentre a gusto gobernado por tal autoridad, pero sin crear un equívoco respecto a las funciones y el carácter de ésta. El miembro de la Iglesia no le presta obediencia tan sólo porque al ser una sociedad es necesaria en ella una autoridad. Independientemente de esto, tenemos la voluntad de su fundador de que esa autoridad exista.

Es cierto, con absoluta certidumbre, que «el espíritu sopla donde quiere» y que los carismas no son herencia exclusiva de la jerarquía ni resultan enteramente regulables. También lo es que, pese a eso, «pertenecen tales carismas a la Iglesia de una forma tan necesaria como los cargos oficiales». Ciertamente que «incluso el estamento oficial obtiene una credibilidad realmente efectiva ante los hombres tan sólo en la manifestación del Espíritu y no con el mero recurso a la misión y autoridad formal, por muy legítima que sea». Pero queda el tremendo problema de la «discreción de espíritus», sobre el que tanto habríamos querido que se explanara el padre Rahner.

Porque existirá siempre, angustiosamente planteado en la Iglesia, el problema de dónde empieza la neurastenia o la pasión y dónde termina el carisma. Estamos seguros de que Rahner, como nosotros, tropezaría muchas veces en su larga e intensa vida con multitud de personas que se creían dotadas de carismas, que juzgaban de buena fe estar ejerciendo una misión profética y que en realidad eran unos pobres ilusos, unos desequilibrados nerviosos o unas víctimas del sectarismo y la pasión política. Cualquier hombre de gobierno dentro de la Iglesia nos podrá enseñar entre su correspondencia abundantes muestras de tales «carismas» y «profetismos». El problema ha estado vivo en la Iglesia desde sus mismos orígenes y resulta particularmente candente en nuestros días. Ciertamente que no se debe «ahogar el Espíritu», pero no lo es menos que tampoco se puede dejar que queden abiertas las puertas de la Iglesia a cuantos quieran revestir su neurastenia o sus preocupaciones políticas de tonos apocalípticos o de expresiones rebuscadamente espirituales. De aquí la cautela con que hay que proceder a enaltecer los carismas y el profetismo. La autoridad es y será la única garantía. Y si es cierto que en ocasiones se ha equivocado, poniendo trabas a lo que era acción del más genuino Espíritu Santo, no lo es menos que estadísticamente y a la luz de la historia, son infinitamente más las ocasiones en que su autoridad preservó al pueblo fiel de caer en exageraciones ridículas y en desviaciones morbosas. La historia de no pocas herejías, que se presentaron como carismáticas y resultaron degradantes, no nos dejará mentir. Quédense los buenos jugadores ganando partidos y déjese a la directiva el cuidado de regir el club, organizar concursos y encauzar las cosas. Aunque nunca se advertirá suficientemente a esa directiva que mire «a los comunes provechos», al bien del club, no a sus ideas propias, y que no deje de dar ocasión a los buenos jugadores de desplegar sus maravillosas cualidades.

Hablar o callar

Hemos dicho antes que llegar a un acuerdo en la región de los principios suele ser fácil, pero concordar en las aplicaciones ya se hace más cuesta arriba. Así nos ocurría al menos a nosotros, leyendo los dos apartados que Rahner dedicó a «Moral sin moralizar» e «Iglesia de directrices concretas». Si la lectura se hace seguida, saltando al intermedio, el choque resulta un tanto fuerte.

Y conste que estamos de acuerdo con Rahner en que unos principios morales quedan más patentes en unas épocas y se oscurecen en otras. Influyen en ello muchas circunstancias. La autoridad y los moralistas son sensibles al influjo del ambiente que les rodea, y esto es algo que ha sido verdad en la historia y lo seguirá siendo siempre. Hoy nos admira la tranquilidad con que casi hasta nuestros días (no hace muchos años que se cumplió el centenario de la abolición de la esclavitud en las últimas colonias españolas) era aceptado por nuestros antepasados, incluso por casas religiosas, como recordó el padre Arrupe, la tenencia de esclavos. Estamos seguros que eso mismo ocurrirá respecto a nosotros a quienes dentro de un siglo juzguen algunas de las cosas que ahora aceptamos como moneda corriente. Y esto no ya sólo en la región de los puros principios, sino dándonos cuenta de que semejantes juicios están impurificados muchas veces por la pasión. Cuando enaltecemos, por ejemplo, al padre Las Casas lo hacemos en apariencia mirando a su labor como defensor de los indios. Que él aceptara el hecho de la esclavitud, que para mirar por los indios americanos defendiera la conveniencia de intensificar la trata de negros y llevar mayor cantidad de éstos a trabajar a América, es algo que nos deja indiferentes, sencillamente porque a los ojos del hombre europeo de hoy se hace simpático un autor que fue padre de la leyenda negra y que tizó la tarea de España en América. La dificultad surge, como a nosotros nos ocurrió en un viaje a Costa de Marfil, cuando, en lugar de pensar en los indios americanos, es preciso hablar a descendientes de quienes eran bárbaramente arrebatados de sus tierras africanas y llevados a otras muy lejanas.

Ponemos este ejemplo para que se vea que en esa cambiante apreciación de algunos principios morales no influye tan sólo un puro juicio moral, sino circunstancias más concretas y menos limpias, de carácter histórico y político. ¿Cómo olvidar el párrafo que Benedicto XV dedicó a la tarea de España en América en la *Maximum illud* sin poder encontrar otra cosa de laudable que las declamaciones lascasianas?

Pero no podríamos seguir al padre Rahner en las consecuencias que trata de sacar de esto y de la complejidad creciente que hay que formar de los juicios morales. Estamos con él en que la sociedad moderna, con su complicadísima estructura económica, plantea casos ante los que el hombre se queda perplejo. Leer un tratado clásico *De Iustitia et Iure* y tratar de aplicarlo al gobierno de una sociedad anónima moderna, y mucho más si es multinacional, es hacer una experiencia nítida de esa dificultad. Pero, a nuestro juicio, que

las cosas sean complicadas no autoriza para inhibirse, sino que exige más estudio, más cuidadosa información, mayor reflexión y más oración para poder dar un dictamen práctico. La Iglesia, que durante siglos se ha proclamado tutora de «la fe y las costumbres», no puede dejar inerte e indefenso a uno de sus hijos a quien se ha planteado un grave caso de conciencia. Decir a esa Iglesia que se limite a dar unos principios generales, que no descienda al casuismo, que se remita a la propia conciencia del individuo, no nos parece admisible.

En primer lugar, porque no sabemos cómo puede formarse una conciencia sin hacer aplicaciones concretas. Envidiamos al padre Rahner y a sus alumnos alemanes, que podían moverse en la región de los principios abstractos sin tener que descender a los ejemplos. Los profesores españoles, por exigencia de nuestros alumnos, los tenemos que poner continuamente. Y sólo con tales ejemplos nos entienden. En segundo lugar, porque, formulados esos principios, si la consecuencia es clara, no formularla nos parece una cobardía. Tenemos además muy serias dudas de que un cristiano normal, aunque posea una cultura de rango universitario, que no es el caso de la mayoría, pueda aplicar rectamente esos principios en muchos casos.

No vemos claro lo que se intenta al pedir que la Iglesia se calle y deje de formular dictámenes en materias concretas cuando de moral se trata. Pero mucho menos lo entendemos después de leer el capítulo «Opciones concretas». El autor, que ha pedido a la Iglesia que se remita a la conciencia del individuo al tratarse de temas morales, le pide ahora que se pronuncie, sin hacer intervenir el peso de su autoridad plenamente, sobre temas concretos. Temas que, según puede apreciarse por el contexto, pertenecerán muchas veces al cambiante terreno del gobierno temporal y de la política.

Sencillamente, no entendemos cómo puede pedirse una actitud de inhibición en lo moral y una continua presencia, con opiniones concretas, en el terreno de las opciones políticas. Pero tal vez ayude a entender la contraposición de estos dos apartados una lectura entre líneas. Si vemos en la censura a la Iglesia que «moraliza» el recuerdo de la *Humanae vitae*, todas las alusiones se entienden perfectamente. Aun la que se refiere al desgaste que sufrió la autoridad eclesiástica al dar un dictamen que resultó ingrato y desagradable a muchísimos católicos, incluidos extensos sectores del clero. La alabanza a la Iglesia que interviene en opciones concretas mira más bien a las críticas que esa Iglesia haga de la sociedad de consumo, de algunos regímenes políticos, de ciertas situaciones injustas, etc.

Y aquí es donde el lector queda desorientado. En primer lugar, porque no distingue con mucha exactitud dónde termina un dictamen moral y comienza una apreciación puramente práctica. Cuando el papa «destronó» a la reina Isabel de Inglaterra y liberó a sus súbditos del juramento de obediencia, ¿daba un dictamen moral de los que no hay que dar o una opinión política de las que conviene que dé? No lo sabemos. Pero en verdad extraña que quienes tienen aquel acto por una manifestación intolerable de teocracia quieran que la Iglesia dictaminase en el siglo XX sobre la pasada guerra del

Vietnam o la legitimidad del gobierno actual de Chile. Postular que la Iglesia se vaya del terreno del magisterio moral y pedirle simultáneamente que descienda a la arena política es algo difícil de comprender.

Una de las razones que se invocan es la del «desgaste» que traen consigo las decisiones de tipo moral. ¿Sería menor el de esas continuas indicaciones de tipo político? Permítasenos un ejemplo que vivimos personalmente. Tenía España planteado el problema de su ingreso en el Mercado Común Europeo. Ese ingreso tropezaba con un condicionamiento de tipo político, pues algunas de las naciones que formaban parte del mismo estimaban que sólo adoptando España el tipo de democracia que ellas mantenían podrían abrirse las puertas. De tal opinión participaban también aquellos sectores más avanzados, abiertos o progresivos del catolicismo español. Hubiese estado, pues, muy puesto en razón que el episcopado español corroborara, en la hipótesis de los «imperativos concretos» de que nos habla Rahner (p. 97), ese planteamiento. ¿Por qué no decir que tal exigencia era justa y oportúnísima? Una declaración así respaldaría *l'aile marchante*, por emplear una gráfica expresión francesa, de nuestro catolicismo y sería un excelente ejemplo de la actitud de estímulo y progreso de la jerarquía.

Pero al pasar los Pirineos la cosa cambiaba por completo. Bastaba bajar del tren en París para encontrar en la primera estación del Metro, escrito al carboncillo, un *graphit* rotundo: «Pour un Marché Común sans discriminations politiques». Era la tesis izquierdista (más concretamente, comunista), que entendía que los países del Este deberían tener abiertas las puertas del Mercado Común. Tesis compartida por los elementos más progresivos, más abiertos, más avanzados del catolicismo francés. Tesis que debería, siempre en la misma hipótesis, hacer suya el episcopado francés, quien respaldaría así a *l'aile marchante* y daría un excelente ejemplo de su actitud de estímulo y progreso.

Nos parece también claro que los católicos de uno y otro país y de los de los demás interesados en el tema utilizarían ambas declaraciones. ¿Cómo podrían los medios gubernamentales españoles de entonces dejar de airear que el episcopado francés quería un Mercado Común sin discriminación ninguna de tipo político? ¿Cómo dejarían pasar holandeses o belgas que el episcopado español les había dado la razón y era el primero en proclamar la oportunidad de un valladar firme de tipo político?

Hemos puesto este ejemplo, en que una misma expresión: «Mercado Común sin discriminación política», encerraba en sí significados radicalmente diferentes, para mostrar hasta qué punto este descender a la arena de los pronunciamientos políticos sería no sólo un factor de «desgaste», sino hasta demoledor. De verdad, ¿no es mejor dejar esas cosas a la discusión de los hombres, permitiendo que ellos las estudien y discutan? Y, sobre todo, ¿no está inmensamente más justificado que la Iglesia «moralice» dando su dictamen serio sobre los problemas de costumbres y no que descienda a una arena movediza y discutible como ésta? En opinión del padre Rahner, no. A nuestro juicio, sí. Y el que las declaraciones sean sin hacer pesar toda su autori-

dad nos parece un remedio ya utilizado (¿quién dio nunca la misma fuerza a la *Rerum novarum* o a un discurso del papa que a la bula de promulgación del dogma de la Asunción?) y que deja intacta la verdadera cuestión.

En síntesis, aunque creamos con Rahner que «lo importante sería que los cristianos de hoy y de mañana se volvieran sensibles en lo más íntimo al hecho de que una afirmación doctrinalmente muy problemática puede encerrar una opción fundamental para el futuro»; sin embargo, preferimos no ver a la Iglesia haciendo «afirmaciones doctrinalmente muy problemáticas», que dejaríamos para los escritores, los teólogos y los fieles destacados, y la queremos ver aplicada más bien a darnos afirmaciones «muy seguras» en materia de fe y de costumbres, sin desampararnos cuando tengamos que formar nuestra conciencia en serios problemas morales. Es nuestro humilde punto de vista. Me siento más atraído por el papa diciendo «no» a Enrique VIII y su intento de legalización de la propia bigamia, con el «desgaste» que supuso la pérdida del reino de más porvenir de toda la cristiandad, que al hipotético papa que callara cucamente y se remitiera a la «conciencia» del rey para evitar tales «desgastes». Y me alegro con toda mi alma de que Pío XII, cuando Europa estaba de punta a punta en manos de la barbarie nazi, dijera, por medio de la Congregación de Seminarios, que nos aclararan la mentira de las tesis básicas del racismo, y por medio del Santo Oficio, que era radicalmente ilícita la directa occisión de los rehenes. Cuando bajo la tremenda presión de tanta brillantez dialéctica y tanto éxito político aparente podíamos caer en la perplejidad que Rahner describía, las líneas maestras de la *Mit brenender Sorge* se concretaban en un dictamen moral, que era para nosotros una luz y un alivio, y por parte del papa un servicio inapreciable, al que los fieles no podemos ni queremos renunciar (cf. p. 88).

Espíritu y servicio

Tres notas nada más para no hacer interminable esta nota. La primera, de aplauso cerrado a cuanto Rahner dijo respecto al básico problema de conservar nuestra Iglesia como auténtico reducto de *espiritualidad*. Sin eso nada se hará. Es algo que no puede suplirse con las fórmulas brillantes, con los sistemas más perfectos de organización y actuación, con las prospecciones psicológicas o sicilógicas más rigurosas. La gran tragedia de la Iglesia postconciliar es su gradual pérdida de espiritualidad. El cristianismo ha de presentarse sin arrogancia, pero con firmeza, como portador de una fe, de una esperanza y de una caridad referidas directamente a Dios. De ellas saca fuerzas para hacer todo lo demás. Y sin ellas queda inerte y desvalido. El trato con Dios, íntimo y hasta experimental si fuera alcanzable, no es un componente más. Es la base misma de su vivir y de su actuar³.

3. Nos remitimos para un más amplio desarrollo de nuestro pensamiento sobre este punto al prólogo que escribimos al libro de Martelet, *La fuerza del Espíritu* (Madrid 1972) XI-XXIV.

Dígase lo mismo de la *actitud de servicio*. Las páginas 77-80 merecen un aplauso cerrado. Es cierto que hay que esforzarse por lograr esa actitud hacia todos, actitud que nos llevará a ayudar, a comprender, a perdonar, a colaborar... y a criticar. La Iglesia sirve también cuando critica, y lo que Rahner dice aquí está admirablemente complementado en las páginas 151 a 162, aunque éstas pedirían muchas más precisiones. Nunca lucharemos suficientemente por lograr que arraigue más y más esa abierta actitud del cristiano que sirve a la sociedad y a sus individuos haciendo suyos sus problemas y tratando de solucionarlos. Lo que no significa que partamos de cero o que ésta sea tarea casi sólo para comunidades de base (p. 158). Como en cierta ocasión escribimos, poniendo una humilde apostilla a una glosa del resonante libro del padre Díaz Alegría⁴, nos parece excesivo el aire que hemos tomado los contemporáneos de que hasta que nosotros vinimos nadie había hecho nada. El historial de servicio de la Iglesia es inmenso en el campo de la enseñanza, de la beneficencia, del arte y del saber. Sin declamaciones, bastará volver a recordar el dato mínimo, pero expresivo, que allí dábamos; en el año 1883, en la Salamanca en que estamos escribiendo, no había un solo huérfano, no solo enfermo hospitalizado, un solo demente, un solo expósito que estuviera atendido por una institución no eclesiástica. Venir ahora descubriendo la actitud de servicio de la Iglesia resulta un poco tornar a descubrir el Mediterráneo..., si es que lo estamos descubriendo.

Porqué no sería imposible, ni mucho menos, que el ejercicio de la función crítica, tan legítimo, nos apartara en ocasiones del más auténtico servicio. ¿Cómo explicar, si no, que a medida que ha ido creciendo sean menos visitados por sus sacerdotes los enfermos, escaseen más las vocaciones a institutos tan limpios de todo clasismo y contaminación mundana como las Hermanitas de los Pobres, se haya radicalizado tanto el despego hacia los ancianos? Uno tiene a veces la sensación de que la amarga crítica de las estructuras y las declamaciones contra la sociedad de consumo pueden servir de disculpa para dejar de ir a las Hermanitas a ayudarles a lavar a los ancianos o a servir a las mesas. Arreglar Nicaragua está muy bien. Pero esto otro, ciertamente no le va en zaga. Si no queremos hacerlo, dejemos al menos de criticar con amargura a la Iglesia y de presentarnos como portadores únicos de una actitud de servicio. Serviremos a la verdad y nos liberaremos de la triste obligación de tener que estar repitiendo tópicos para parecer modernos, lo que no será pequeño alivio.

Más apertura

Dos veces, en la segunda y en la tercera parte, abordó Rahner el tema de la apertura de la Iglesia. Reconozcamos que en un estilo extraordinariamente

4. Nota al artículo de Pedro Fernández, 'El hombre de hoy ante la religión', *Incunable* 9 (1972-1973) 107-11.

sugestivo y atrayente. Utilizando la distinción entre pertenencia teológica y sociológica, se establece el principio de que «la Iglesia puede y debe tratar a los dos grupos más o menos iguales... (considerando) de un modo positivo la indeterminación y flexibilidad de sus fronteras». Más de un lector español se preguntará si en unos tiempos confusos —como los que, en unánime opinión de todos, estamos viviendo— esta «indeterminación» y esta «flexibilidad» no añadirán confusión a la confusión y contribuirán a sumirnos en una especie de caos ideológico. A tal lector le responderíamos nosotros distinguiendo dos planos. Uno, en el que se ha movido el padre Rahner, desde la cátedra, en el que la confusión no se produciría. El teólogo puede y debe analizar fríamente lo que de auténtico hay en la pertenencia sociológica y obrar en consecuencia. Pero queda el otro, el popular, allí donde se mueve el hombre de la calle, que no está para distinciones tan sutiles y que lo único que ve es que, a juicio de la misma Iglesia, supuesta esa uniformidad de trato, da lo mismo ser católico y presentarse como tal que no serlo o rehuir la afirmación sistemática de que se es. Reconozcamos que la cosa es fuerte y que merece que se piense muy seriamente antes de ponerla en marcha.

Pero Rahner iba más allá, y a partir de la página 114 nos hablaba no ya de una Iglesia «de puertas abiertas», sino de una «Iglesia abierta», que imaginamos que ni siquiera tiene puertas. Para explicarnos por antítesis en qué consiste, nos describía con precisión la situación anterior, que era la típica del *ghetto*. Esa descripción satisface enteramente, pero uno se queda pensando al releerla, en la posibilidad de una nueva lectura desde otro punto de vista. Rahner nos dice que en la Iglesia tradicional, la del *ghetto*, los miembros protestan por el mundo que está en su alrededor; se enfrentan con los que no pertenecen a su grupo; están predeterminados políticamente y se sabe a qué partido van a votar; tienen preparada una respuesta para cualquier opción que se presente; apelan a su propia unidad para resistir frente a los «enemigos». Evidentemente, la intención del autor es marcar como *ghetto* la Iglesia tradicional. Pero pruebe el lector a releer pensando, en lugar de en ella, en una modernísima comunidad de base. Es posible que se encuentre con una actitud de protesta por el mundo que le rodea, consumista y tiránico; con un enfrentamiento a los que no pertenecen a su grupo; con un voto predeterminado a un partido de izquierda, etc. De donde se deduce que tal apertura puede resultar y resulta de hecho, en muchos casos puramente verbal. A nosotros nos cuesta recordar un caso en que a un fiel cristiano se le haya rechazado en una parroquia tradicional, impidiéndole asistir a la misa dominical por su filiación política o religiosa. Y no nos costaría tanto recordar un caso en que eso ha ocurrido en una comunidad de base muy «abierta», sencillamente porque estamos escribiendo a doscientos metros del lugar en que ocurrió.

¿Será por las exigencias de estos grupos tan «puros»? Reléase la enumeración que hace Rahner en la página 117. La apertura es amplísima: no es seguro que haya que negar la comunión a un hereje; puede admitirse también una revisión de la actitud en cuanto al adúltero, que vive con quien no

es su cónyuge, después de un divorcio civil; tampoco nos ha de asustar una radical actitud marxista, por anticristiana que pueda parecer; la misma práctica del aborto puede ser considerada por una conciencia cristiana viendo «las posibilidades existentes respecto a las leyes penales civiles contra la interrupción del embarazo». Eso sí, esa Iglesia «abierta», que a nadie de estas categorías excluye en principio, podrá, cuando un párroco decide transformar su parroquia en comunidad de base, «postergar», que es tanto como excluir, a quienes no quieran ingresar en la nueva estructura. Un fiel cristiano, que lleva una vida normal, que desea participar en la eucarística, se ve excluido, —mientras los otros son admitidos— simplemente porque la estampa de su cristianismo no coincide con la que el párroco quiere implantar. Léase la página 141 y veremos que no hay exageración. La apertura a los amigos, sea cualquiera su catadura moral, con tal de que lleven un marchamo ideológico, y un cerrojo a quienes no lleven ese marchamo. Es forzoso recordar esto para comprender muchas cosas.

¿Cuál es entonces el papel de la autoridad? No se ve muy claramente. Que tenga que tutelar la pureza de la fe, no puede discutirse. Lo que no vemos tan claro (p. 117) es que esa autoridad tenga que entrar en una discusión doctrinal. Desde ahora pronosticamos que saldrá perdiendo. Un obispo que haga su visita pastoral, que reciba a sus feligreses, que atienda la administración y a los asuntos que se le ofrecen, que se presente, aunque en una mínima medida, en los acontecimientos faustos o tristes de su diócesis, muy difícilmente podrá conservarse doctrinalmente en forma para poder discutir con teólogos profesionales, como parece insinuarse (p. 117). Bueno que dé razones. Pero en último término tendrá que hacer valer su autoridad. Si el hombre medio no está en condiciones de aceptarla, lo tendrá que atribuir a sí mismo, pero en manera alguna puede ceder la jerarquía. ¿No es un engaño hacer pensar a un fiel que es compatible su pertenencia a la Iglesia con la negación de la Trinidad, la encarnación o el concepto genuino de unicidad de la misma Iglesia, por referirnos concretamente a los últimos documentos dogmáticos emanados de Roma? A los ojos españoles, lo contrario resulta un engaño tanto más grave cuanto más alto sea el lugar de donde procede. Preferimos el juego limpio.

Observaciones muy parecidas a propósito de la apertura pueden hacerse al capítulo dedicado al ecumenismo. El lector se siente subyugado por el realismo de Rahner: ni la visión pesimista de quienes dicen que el movimiento ecuménico no ha logrado nada ni una visión falsamente optimista de quienes, una vez mejoradas las relaciones interconfesionales, con el «ecumenismo de la sonrisa», piensan que todo se ha solucionado. Agrada ver la justicia que se hace a lo ya logrado (sobreponiéndose a una impresión difusa hoy existente) y la cristianísima insatisfacción por lo que aún está por hacer.

Pero Rahner va más allá de un puro balance. Propone el plan de una Iglesia ecuménica arbitrando medios, algunos de ellos ya experimentados. Todo el mundo sabe que la consumación formal del cisma de Oriente no se llevó a cabo hasta que en el siglo XIX canonistas y teólogos romanos, aplicando

con rigor unas categorías jurídicas, rompieron por completo con las Iglesias orientales «desunidas». Por ahí andan estudios en los que aparecen jesuitas de intacta ortodoxia confesando y predicando con licencias de los patriarcas orientales «no unidos». El mismo Concilio hizo a este respecto concesiones bien significativas, y ninguno de nosotros tiene que ir muy lejos para recordar haber dado la comunión a algún oriental separado o evocar la comunión recibida por algún católico en la Iglesia ortodoxa viajando por Rusia o algún otro país del Este.

Pero se quiere llevar las cosas hasta el límite. Y hacer entrar sin distinción en ese marco a otros cristianos de quienes se duda fundadamente, si es que no se niega con certidumbre, la validez de los ministerios y su fe en algunos dogmas fundamentales. Admitimos que la Iglesia que se nos describe en el libro tenga un cierto atractivo: todos los cristianos han superado los motivos de división que tenían y se han unido en esa Iglesia «ecuménica» que Rahner nos describe. Es algo muy atractivo, lo repetimos, pero que plantea tremendos interrogantes. Uno, superficial aún: ¿hacia adónde iría el «contagio»? ¿Serían conquistados los no católicos por los católicos? ¿No se daría lugar a un cierto escepticismo? Reconozcamos que resulta fuerte, al menos para una mentalidad española, sentirse perteneciente a la misma Iglesia de un cristiano que tiene la misa por un acto de idolatría, la justificación como algo meramente atributivo, el número de sacramentos muchísimo más reducido. Decir entonces que estamos dentro de una misma Iglesia sería dar plena razón a Pío XI, cuando en su discutidísima encíclica *Mortalium animos* prevenía contra un «pancristianismo» como posible meta del movimiento ecuménico.

Pero todas estas observaciones serían superficiales, insistimos. El único, el tremendo, el decisivo interrogante que una Iglesia tan «abierta» plantea es el siguiente: esa Iglesia así abierta, ¿es la Iglesia que quiso Jesucristo? Porque todo lo demás son lucubraciones. Nos puede parecer mejor una Iglesia regida por un consejo que por una persona física; nos puede gustar más una Iglesia sin dogmas, basada en un etéreo sentimiento religioso. Puede llegarnos a entusiasmar una Iglesia exclusivamente dedicada al cuidado del prójimo. Pero nosotros no somos dueños de configurar la Iglesia como queramos. Es a su Autor a quien corresponde decir la última palabra. Y en verdad que lo que los mismos apóstoles escribieron acerca de las primeras herejías, lo que la tradición cristiana unánimemente y sin vacilación ha venido estableciendo, no parece compatible con ese atractivo proyecto de Iglesia «abierta» o «ecuménica». Para lograr la unión de los cristianos se debe y se puede hacer todo... lo que no sea traicionar al fundador.

Desde la base

Toda la claridad de estilo y todo el nervio de una argumentación de primerísima clase brilla en el capítulo que Rahner dedica a describirnos la Igle-

sia «desde la base». Y, sin embargo, su lectura choca fuertemente con la mentalidad española. Acaso porque con un cierto excesivo realismo niegue el fundamento mismo de la distinción. Más de uno recordará la clasificación de las calles «cuesta arriba» y «cuesta abajo» que hacía un imaginario profesor de higiene. A nuestro juicio, cualquier comunidad cristiana está hecha al mismo tiempo desde arriba y desde abajo. Por poner un ejemplo: la parroquia rural de Azáceta, que tuvimos a nuestro cargo, actuaba desde abajo cuando hacía una colecta para fines caritativos y la remitía al Obispado, cuando uno de sus hijos marchaba al seminario para prepararse al sacerdocio, cuando disponía fervorosamente la llegada del obispo en visita pastoral. Y recibía una actuación desde arriba el día de nuestro nombramiento, o cuando se revisaron los libros parroquiales para salvar algunos errores, o cuando vino el mismo señor obispo a visitarnos. Todos los días se producían actuaciones en ambos sentidos, hacia arriba y hacia abajo, menudas unas, como la petición de una dispensa o la recepción del «Boletín de la Diócesis»; importantes otras, como la enajenación de unos bienes. Pero la idea de que allí no actuásemos «desde la base», porque no nos llamásemos «comunidad de base», sino parroquia, nos parecía a todos arbitraria.

Por otra parte, la idea de que, junto a la normal estructura de la Iglesia en diócesis y parroquias, puedan existir otras agrupaciones tiene una muy relativa novedad. Eso fueron las cofradías en la Edad Media o las congregaciones marianas en tiempos modernos. Feligreses de diferentes parroquias se han agrupado siempre buscando una práctica de la vida cristiana más intensa y unos compromisos más radicales. Que como en la «escuela de Cristo» se reunieran para flagelarse, o se reúnan hoy para hablar de Chile no cambia el fenómeno. Lo único que cambia, y eso sí que supone una novedad preocupante, es su manera de mirar a la Iglesia institucional. Mientras aquellas organizaciones le admitían sin problematizar, estas otras modernas se sienten despegadas, la critican y en algunas ocasiones prácticamente la abandonan. Esto no significa que el experimento no tenga aspectos positivos muy valiosos. Ciertamente que la descripción entusiasta que nos hace Rahner de esas comunidades base, en las que, inmunes a todo contacto paganizante, libres de los contagios sociológicos hoy existentes, despegados y puros, los miembros de esas comunidades realizan plenamente la caridad, viven sin problemas de tipo democrático y realizan una labor admirable de penetración y apostolado, se parece demasiado a otras descripciones que uno ha leído ya refiriéndose a otras organizaciones que existieron y existen, desde las congregaciones marianas al Opus Dei o los cursillos de cristiandad. El tiempo vendrá a poner un emoliente en algunas de esas afirmaciones. Pero nadie negará la sinceridad religiosa, el entusiasmo teñido a veces de mesianismo que en ellas alienta. Nosotros, con el Directorio del ministerio pastoral de los obispos, a una también con Rahner, pensamos que es un fenómeno digno de ser tenido en cuenta, fomentando y encauzando. Pero condicionándolo fuertemente a que no suponga una reducción de horizonte, sino más bien una amplificación.

Decimos esto por dos razones. La primera, por el miedo que nos inspira

la manera de describir la designación y las funciones de quien está al frente de tal comunidad que Rahner hace en la página 134. Ese «presidente» saldría, a lo que parece, de la misma comunidad. Quien esto escribe vive en una iglesia diocesana que, reconquistada la ciudad, reorganizó un francés y en cuya sede episcopal se han sentado varios portugueses. Esa iglesia diocesana vio florecer en su seno una Universidad con fuerte influjo inglés en sus comienzos y abierta luego a todas las corrientes de pensamiento europeas. Y porque cree que todo esto supuso un enriquecimiento, porque piensa que aquellos dispersos e ignorantes restos mozárabes que aquí se encontraban en la Reconquista no podían haber acometido una empresa de cierto empuje, porque cree que la posibilidad de ayudarse unas Iglesias a otras es una verdadera riqueza, estima que ese presidente salido del seno de la comunidad, fijo, al menos en teoría, para siempre en ella, supondría un auténtico empobrecimiento. En lugar de hallar flexibilidad y apertura, una comunidad así quedaría cerrada sobre sí misma y atada con rigidez.

Pero la cuestión es aún más profunda: partamos del supuesto de que en una parroquia de cuatro mil almas, número que puede considerarse normal, dos mil quinientas se hallen en disposición de frecuentar la parroquia, oír la predicación del evangelio, participar en la eucaristía, contribuir caritativamente a las entidades de ayuda existentes, etc. ¿Hasta qué punto es lícito replegarse sobre un grupo de «puros», dentro de una comunidad, desatendiendo a los otros? La pregunta tiene cierta entidad y no se hace a humo de pajas. En la construcción tradicional, en que diócesis y parroquia coexistían con esta clase de grupos, había inconvenientes, pero mucho menores. Si se fomenta la antítesis, los peligros serán inmensos. Todo cuanto se haga por evitarlo será poco.

Cierto que Rahner nos previene contra ella, y nunca subrayará suficientemente hasta qué punto pide que tales comunidades «estén volcadas hacia fuera con auténtica intensidad y apertura, para que puedan ser exponentes de la auténtica fuerza misionera de la Iglesia para el futuro» (p. 144). Pero el peligro existe, y muy serio. Una comunidad que ha nacido mirándose a sí misma, a quien se reconoce el derecho de tener su propia «fisonomía», que excluye a quienes no lo aceptan, que se da su propio presidente... tiene que tener una fortísima tentación de particularismo. Sólo una adecuada configuración jurídica, como la que el padre Rahner pide que preparen los canonistas, podrá salvar esos inconvenientes. Pero eso supondrá, ¡ay!, volver de nuevo por el prestigio del denostado Derecho canónico y decir a esas comunidades que sólo el respeto y el amor a la ley pueden ser garantía de su universalidad.

Con todo lo que hemos dicho queda claro el agrado con que suscribimos el capítulo cauto, ponderado, escrito con un agudo sentido de los peligros que acechan. Como el autor, pensamos que una estructura excesivamente colegial, en que todo se discute colectivamente, además de no significar realmente ninguna garantía, puede resultar paralizante. La historia política de algunos Estados, entre ellos España, es terminante. Los Consejos del final de la dinastía austríaca y el comienzo de los de los Borbones no es que resolvieran

mal los asuntos, es que no los resolvían, eternizando la tramitación de los mismos. Y en más de una diócesis nos podrían contar algo muy parecido a la hora de tomar decisiones cuando para ello es necesario reunir el Consejo presbiteral y oír antes a un par de comisiones competentes en el tema. Pero Rahner ha expresado ya todo esto mucho mejor de lo que nosotros lo podríamos hacer (cf. p. 194).

Final

Llegamos ya a la meta de este largo recorrido, que podía haber sido todavía mucho más largo simplemente con ir tirando de los cabos que nos ofrecía un libro tan denso y tan sugestivo. Creemos que ha quedado claro el interés que para un hispano ofrece esta lectura. La síntesis entre el conocimiento vivo de la realidad y una disciplina intelectual rigurosamente llevada tiene que resultar feliz. Ciertamente que los diagnósticos son en esta hora mucho más fáciles que la terapéutica. Cuando formulábamos objeciones a los remedios que Rahner nos ofrecía, nosotros mismos nos preguntábamos si esa crítica podría encontrar una formulación positiva y en ocasiones teníamos que respondernos que no. No es que Rahner no acertara y que nosotros tampoco lo lográramos. Es que tal vez no existía. Como en el caso del investigador sobre el cáncer que se pregunta ansiosamente si hay algún remedio verdaderamente eficaz y sigue buscándolo a pesar de su reiterado fracaso, libros como el de Rahner suponen también una meritoria posición. No abandonarse al pesimismo, continuar reflexionando, escrutar los signos de los tiempos, tantear nuevos caminos es algo extraordinariamente meritorio en un mundo como en el que nos encontramos. Y esto más cuando los seminarios humanizados se vacían, las órdenes religiosas de observancia suavizada ven clarear sus filas, la Iglesia más acomodada al mundo pierde su mordiente a la hora de conquistar nuevos ambientes y aquellas cosas que en torno al Concilio nos parecía que iban a ser decisivas se muestran inoperantes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA